

CAPÍTULO V

PRINCIPIOS DE LA ELOCUCIÓN

1. Cualidades de la elocución	69
2. Figuras retóricas	71
3. El estilo ático	75

CAPÍTULO V

PRINCIPIOS DE LA ELOCUCIÓN

1. Cualidades de la elocución

Los libros octavo y noveno tratan con esmero esa parte de la retórica llamada elocución, mal usada por algunos oradores cuando no se ayudan de los principios y mejores modelos.

Fueron unas escuelas romanas de la decadencia las que dieron mala fama al arte de hablar con persuasión, fama que llega hasta nosotros por obra de los desavisados, para quienes la oratoria es un arte verboso y perjudicial; pero Quintiliano, como Tácito, combatió enérgicamente aquellas escuelas, divulgando las letras griegas y la buena elocución, sin la cual el discurso es endeble cuando no ridículo.

La elocución es la parte más difícil de la retórica, pues si a muchos no les faltó la invención, sólidas razones e ingenio, en cambio carecieron de moderación y vigor, de las virtudes propias del decir.

Como la verdadera elocución consiste en la interdependencia de ideas y palabras, el orador debe cuidar las palabras y poner mucho esmero en los pensamientos. “Si la elocución —dice Quintiliano— tiene su fuerza en todo el cuerpo de la oración, mirará por cosa ajena de su cuidado el componer, digamos así, el cabello y cortar las uñas”¹. El demasiado aliño quita energía al discurso, mientras que un adorno natural de acuerdo con la naturaleza de las cosas, en armónico equilibrio entre el pensamiento y la palabra, hace más persuasivo el discurso.

Para que comprendan todos es necesario que la elocución, expresión del pensamiento por la palabra oral o escrita, logre que se reciba con placer la claridad del asunto a través de su desarrollo.

Quintiliano distingue tres cualidades principales en la elocución: claridad, corrección y ornato. La claridad depende de la propiedad de las palabras y de la precisión o adecuada relación del pensamiento y la palabra. La corrección proviene de la regularidad de las construcciones. El adorno está en el acierto de las figuras.

La oscuridad es originaria de las palabras que no están en uso, de términos propios de un saber especializado que no todos conocen; y viene del contexto del lenguaje y su prolongación, por lo cual no será largo ni habrá tantas inversiones que se escape el sentido del discurso.

¹ *Instituciones*, VIII, proemio, 4.

Pero si la oscuridad resulta de la abundancia verbal, también nace de la excesiva brevedad o laconismo. La claridad se halla en el justo medio. “Yo tengo por la principal virtud la claridad, la propiedad de las palabras, el buen orden, el ser medido en las cláusulas, y, por último, que ni falte ni sobre nada. De este modo el razonamiento será de la aprobación de los sabios e inteligible para los ignorantes”².

La retórica pide un adorno varonil, fuerte y sano, un equilibrio entre fondo y forma, no desdeñando las ideas en beneficio de las palabras ni dando a las palabras menos importancia que a las ideas.

2. Figuras retóricas

Adornan el discurso los tropos, figuras de palabra y de sentencia, incluidos en la denominación genérica de figuras retóricas o formas de presentar los pensamientos que, sin cambiar la substancia de ellos, los modifican para darles mayor belleza y energía, y ayudan al conocimiento por comparación. Los ejemplos de Quintiliano son abundantes y seleccionados de la antigua retórica, con preferencia de Demóstenes y Cicerón.

La metáfora o traslación es el tropo más hermoso, tan natural que los ignorantes lo usan, no sólo los poetas o retóricos, pues escuchamos los tropos en las plazas, mercados, en todas partes. Por la metáfora

² *Instituciones*, VIII, cap. II, 2.

trasladamos una voz de su significado propio a otro en el que falta el propio, o el traslado tiene más fuerza. Como los tropos se usan por necesidad, debido a ellos los antiguos conocieron trasladando cualidades de unas cosas a otras, hecho que motiva esta observación de Quintiliano: "Esto lo hacemos o porque la necesidad nos mueve a ello, o porque queremos significar más, o con más decencia, como dije. Y cuando nada de esto tenga la traslación, será impropia. Los del campo dicen por necesidad *yema* en las vides, porque ¿de qué otra palabra habían de usar? Dicen asimismo *que los campos están sedientos; que las plantas están enfermas*. Por necesidad decimos *hombre duro y áspero*, para expresar cosas respecto de las cuales no hallamos términos propios. Para mayor expresión decimos: *encendido en ira; inflamado de pasión, y deslizado en el error*, porque ningún otro término podía explicar la cosa con mayor viveza. Otras expresiones pertenecen al ornato, como: *luz de la oración; claro linaje; tempestad del razonamiento; ríos de elocuencia*. Así Cicerón llama a Clodio *manantial de su gloria*, y en otro lugar *materia y sementera*"³. Es decir, que un defecto grave del orador es valerse de metáforas cuando no las necesita, o usarlas resplandecientes en asuntos ajenos a esta parte de la elocución, pues muchas veces se requiere sólo claridad, orden, sencillez, vocablos generalmente usados.

Del referido pasaje podemos concluir que si para Quintiliano la metáfora es un adorno incluido en las

³ *Instituciones*, VIII, cap. VI.

exigencias de la elocución y el estilo, también es un medio de aprehensión. Así, la metáfora tiene más eficacia porque hace conocer las cosas mediante una relación entre ellas que impresiona por su fuerza y brevedad, y actúa en función intuitiva, no discursiva.

Trata luego de las figuras de palabras y de sentencia, necesarias para probar, embellecer, amplificar o desarrollar el discurso.

Las figuras de palabras residen en el orden y número de las palabras, pues según se las altere descomponen la forma figurada, quedando la frase simplemente gramatical.

Las figuras de sentencia no se refieren a los vocablos sino a conceptos; aunque cambien las palabras, permanece la figura. Su vigor y gracia provienen de los pensamientos dotados de estas cualidades. La clasificación de las figuras de palabra la encontramos en la antigua retórica, repetida por los modernos, como sinécdoque, antonomasia, metonimia, metáfora, gradación, repetición, relación, por citar las más conocidas.

Conviene insistir en que Quintiliano recomienda no abusar de las figuras para evitar frialdades y ligerezas. Ni falta de lenguaje figurado ni abundancia. Así, puede aplicarse a este lenguaje cuanto dice de las sentencias o pensamientos cortos y concisos, que son expresiones de un estado de ánimo, usadas en los oradores y en el lenguaje común. "Yo tengo a las sentencias por los ojos de la elocuencia; pero no quisiera que todo fuera ojos en el cuerpo, para que los

demás miembros hagan también su papel. En caso de seguir extremos, más quisiera la aspereza antigua de sentencias que esta nueva licencia ya introducida por algunos novadores. Pero entre los extremos hay un medio, así como hay cierto aseo en el porte y traje que ninguno podrá reprimir, sino que lo tendrá por virtud”⁴.

Otra exigencia es la composición, descuidada por algunos por parecerles más natural y varonil el discurso desaliñado, desconociendo la necesidad de la cultura, pues nada es perfecto desde el principio y todo mejora con el arte. Se trata de hablar bien, no de hablar naturalmente mal.

El orador persuade, no sólo por las razones, sino también merced a la vinculación armónica de todas las partes del discurso, el cual adquiere así una singular fuerza dialéctica. Si la composición mueve los ánimos, además, nadie influye sobre otros con menosprecio de los oídos, porque una ley de la naturaleza, sujeta al número y la armonía, rige también al discurso⁵. Por eso el número oratorio, distinto del número del verso, pide cláusulas más o menos largas alternadas con cláusulas cortas.

Resumamos el largo estudio de Quintiliano sobre la composición con sus mismas palabras: “La composición debe ser hermosa, gustosa y varia. Las partes de que se compone son orden, unión y armonía. Debe tenerse cuenta con lo que se añade, quita y tras-

⁴ *Instituciones*, VIII, cap. V, *in fine*.

⁵ *Instituciones*, VIII y IX, cap. I, II, III.

torna. Su uso ha de ser según la naturaleza de las cosas de que hablamos. Grande debe ser el cuidado que en la composición se ha de tener; pero de tal manera que sea mayor el que se ponga en los conceptos y en acomodar las expresiones”⁶.

3. El estilo ático

Respecto del estilo, recomienda no seguir uno solo, pues siempre hay algo bueno en los mejores oradores de diferentes estilos. Sin embargo, declara su preferencia por el estilo ático, y los consejos sobre la elocución van dirigidos a la realización del aticismo, que define como una igualdad genérica y una desigualdad específica, es decir, una escuela cuyos principios cumplen los oradores sin menoscabo de su propio estilo⁷. Lisias, Isócrates, Demóstenes, Esquines, Hipérides son áticos, pero cada uno habla con persuasión de acuerdo con sus cualidades. Por eso Quintiliano refuta a quienes consideran que el aticismo es una manera de decir que rechaza cualquier movimiento apasionado. “Ninguno, pues, dudará que es mucho mejor el estilo ático, en el cual, así como se encuentra alguna cosa que es común a todos los que le usan, cual es un modo de pensar fino y terso, así también son muchas las especies de ingenio. Razón por la cual me parece que están engañados los que piensan que el estilo ático se reduce únicamente a

⁶ *Instituciones*, IX, cap. IV, *in fine*.

⁷ *Instituciones*, XII, cap. X, 2.

ser un modo de hablar cortado, claro y expresivo, pero que observa siempre cierta moderación en la elocuencia, sin alterar jamás la tranquilidad del orador”⁸.

Las cualidades comunes, como surge de todo el cuerpo de las *Instituciones*, son claridad, sencillez, naturalidad, concisión y fuerza, y ese dominio del orador cuyo patetismo conmueve porque no se prodiga.

Según lo expuesto, la obra rechaza toda formación verbalista, porque el orador de Quintiliano no se rinde a la belleza de la elocución y mantiene su relación con las cosas observando y experimentando lejos de los habladores. Se atiene a los hechos y las palabras, al conocimiento y la expresión fiel del conocimiento, como enseñó Melanchton, educador en el Renacimiento, cuando, sobre la vía del retórico ibero, insistió sobre la vinculación de *res* y *verba* en su ideal pedagógico, porque “las palabras sin el conocimiento no son nada; el conocimiento sin las palabras es una luz macilenta”.

Las *Instituciones* revelan a un maestro que supo enseñar con autoridad porque él mismo se había formado con las cosas y las palabras.

“Algunos hay —escribe Quintiliano— que no haciendo caso del peso de las cosas y de la fuerza de las sentencias, se persuaden de que son muy consumados oradores con sólo corromper de esta manera aun las vanas expresiones, y, por lo tanto, no dejan de juntarlas; y es una cosa tan ridícula hacer uso de tales ex-

⁸ *Instituciones*, XII, cap. X, 2.

presiones que carecen de concepto, como buscar vestido y ademán en lo que no tiene cuerpo”⁹.

De la parte de las *Instituciones* relativa a la elocución, surge que la palabra consolida o destruye una sociedad según que el idioma se cultive o degenera por la desidia de quienes lo hablan.

Una manera de hablar va formando un estilo de vida, y quien vigila sus expresiones verbales cotidianas no descuida sus otras facultades. Si un hombre malo puede hablar muy bien, también es cierto que su preocupación por la belleza del estilo, sobre todo por la corrección idiomática, le abre nuevos horizontes, y el idioma le conduce hacia los grandes temas que lo humanizan, aunque los utilice sólo como medios para el discurso persuasivo. Esto no es contradecir cuanto se dijo al respecto de la relación de la moral con el orador, porque no es necesario ser virtuoso para persuadir; pero quien cultiva la palabra con retórica sólo para persuadir, sin quererlo mejora como hombre. Si Quintiliano afirma que cada cual habla como vive, podemos agregar que vive como habla.

De todos modos el estudio y la práctica de la buena elocución, encomiada por Quintiliano, son exigencias, pues nadie favorece las ideas nobles hablando de un modo bajo o descuidado. Lejos de ser el estudio y la práctica de la elocución, en los términos aconsejados por Quintiliano y los mejores retóricos, una vana preocupación de pedantes, como afirman

⁹ *Instituciones*, IX, cap. III, 3.

los petulantes disfrazados de hombres sencillos y genuinos, esa preocupación debería extenderse a todos los miembros de una comunidad, no sólo al orador, pues —el mismo Quintiliano lo vio claramente—, más que un requisito de la bella palabra se trata de la claridad, el orden y calidad de las ideas habladas o escritas mediante las cuales los hombres se entienden. Pero sin duda un pensamiento penetra y mueve, influye sobre el intelecto y el ánimo cuando es bellamente expresado, es decir, con corrección y elegancia, con una forma más excelente, más viva que una forma ordinaria.

Como la elocución es una interdependencia de pensamiento y lenguaje, la confusión de vocablos y frases conduce a la confusión de las cosas, y debido a una expresión privada de claridad, procaz o baja, se hace oscuro, procaz o bajo un pensamiento. Por el contrario, la expresión decorosa de quien habla de cosas deleznales por necesidad no causa desagrado.

Si, como dice Buffon, sólo las obras que tienen nobleza pasarán a la posteridad, no es faena estéril aprender la buena elocución, a la cual Quintiliano dedica mucho espacio en las *Instituciones*. El discurso científico, filosófico, los grandes temas de la historia y del arte, desmerecen si no reconocen el trabajo de la bella forma, que es asimismo un trabajo del pensamiento. En este sentido las *Instituciones* son actuales, y porque su autor, respetuoso de las palabras y la forma, fue, además de orador, el mejor escritor que compuso sobre retórica.